

Los treinta al límite

Nicolas
REY

Los treinta al límite

algaida
30
manías

Título original: *Courir à trente ans*

Primera edición: marzo, 2009

© Nicolas Rey, 2004

© Éditions Au diable vauvert, 2004

La Laune 30600 Vauvert (France)

© de la traducción: Manuel Talens, 2009

© de esta edición: Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-150-3

Depósito legal: M-6.813-2009

Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Historia de Frank.....	9
1	11
2	17
3	23
4	29
Historia de Vincent.....	37
1	39
2	47
3	55
4	59
5	65
6	71
7	77
8	83
Historia de Jean.....	89
1	91
2	97
3	105
4	111
5	119

Historia de Marc	125
1	127
2	135
3	141
Historia de Louis.....	147
1	149
2	155
3	165
La clínica	171
Epílogo para supervivientes	187
1	189

HISTORIA DE FRANK

ELLA VA A VENIR. RESPIRA CON EL ESTÓMAGO.
Guarda en la memoria la escena que te has repetido antes en el metro. Sé insostenible al principio. Silencioso de vez en cuando. El silencio sugiere una gran fragilidad. Un corazón infantil a la espera de una historia sublime.

No hacer las cosas a medias. Pegarse una ducha. Cambiarse de ropa. Llegar con antelación. En la calle, parar un taxi con convicción. Olvidar las respuestas habituales para mejor susurrarlas. Parecer lo más sincero posible. Escoger una mesa tranquila en el bar de moda propuesto sin saber bien por qué. Hacer lo posible para que la mesa permita ver discretamente la entrada. Pedir algo de beber. Sonreír. Comprobar que ella no ha dejado un mensaje de última hora. Un mensaje de úl-

tima hora significa siempre la misma cosa. De hecho, que no voy. De hecho, que me niego a que tus labios se unan a los míos, que rechazo tu sexo en mi boca, que me niego a jadear bajo un cuerpo nuevo, de hecho, que me niego a volverme loca, que rechazo tu cara de fastidio en el momento que tu cerebro inventará una excusa para irte, que rechazo mis celos y tu futura inconstancia.

No hay nuevos mensajes. Ella está a punto de llegar. Con solo un poco de retraso. Diez minutos. Nada. Es lo mínimo. Observar a la gente que se sienta, a los enamorados que se reencuentran, a los amigos que se cuentan lo espantoso de la vida en pareja. Veinticinco minutos. Probablemente se ha entretenido en el cuarto de baño, quién sabe si estaba buscando su loción para los pechos. Consultar tu móvil. Un nuevo mensaje. Una mujer (la tuya):

«Solo quería desearte buena suerte esta noche, amor mío. Hay que tener valor para trabajar tan tarde. Te mando un beso. No te quemes la vista demasiado en el ordenador».

Apagar el portátil. Pedir con urgencia una segunda copa.

En ese preciso instante, siempre en ese preciso instante, llega al bar una chica que se parece a la que espera. Con la mano esboza un saludo que lamenta de inmediato. Pero la chica nos ha visto. Baja la mirada. Acabamos de asustarla. Ahora somos una vergüenza viviente. Terminar la segunda copa. Ir a la agenda de teléfonos. Su portátil. Mensajería. No dejar ningún mensaje.

De hecho, quién sabe si ella casi ha llegado, quién sabe si corre bajo la lluvia, quién sabe si esta mañana su primer pensamiento fue para esta cita, quién sabe si te desea, quién sabe si está enamorada, al fin y al cabo, quién sabe si ha oído sonar su móvil y, a sabiendas de que no podía ser más que tú, no se ha molestado en responder porque no sirve para nada responder para decir «llego enseguida», puesto que llega enseguida. Quién sabe si tienes razón desde tu infancia. Quién sabe si la tierra es minúscula y era inevitable que te cruzases con esta chica un día en un pasillo.

Con esta chica y con ninguna otra.

Existe otra posibilidad. Muerta hoy. Accidente de automóvil. Ruptura de aneurisma. Suicidio. Demasiada felicidad. Iremos a su entierro. Un

poco rezagado. De espectador misterioso. La amaremos toda su vida.

Quién sabe si se encuentra ya en este bar y que no ha oído nada con esta música, quién sabe si su móvil está en modo vibración. Levantarse, escuchar la sala. Verificar bajo los sillones. Por fin su número aparece en pantalla. Un número extraño, lleno de ceros por todas partes. Es casi un mal signo.

Un problema familiar. Un simple problema familiar. ¿Una familia? ¿Qué familia? Su madre. Su madre, por supuesto. Algún día habrá que hacer algo contra las madres.

«¿Otra vez será, te parece?».

Pedir una tercera copa a pesar de la mirada del camarero. Burlarse. Bebérsela de un golpe. Irse sin dejar propina.

Alquilar *Presque célèbre* en DVD. No despertar a su mujer. Tomarse un comprimido para dormir. Vaya, así está mejor.

Hasta la semana que viene.